

HISTORIA DE LA MEDICINA

Reminiscencias del internado en el pabellón de practicantes y de la sala IV del Hospital Nacional de Clínicas (1954-1955)

Alfredo Buzzi

Profesor Emérito y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

• III Parte

José Emilio Burucúa (1918-1995)

Conocí a este hombre excepcional cuando cursaba el 4º año de la carrera en la cátedra de Semiología y Clínica Propedeútica que dirigía el profesor Tiburcio Padilla. Tenía una personalidad magnética, que atraía a los estudiantes por su capacidad y entrega docentes, el cúmulo de conocimientos médicos y extramédicos que poseía, por la brillantez y agilidad de su intelecto, por la rapidez de su raciocinio y por su memoria incomparable. Contaba entonces con 33 años de edad y aún no era Docente Libre (actual Docente Autorizado), título que alcanzaría dos años después. No obstante su juventud, era una de las personalidades más conspicuas de la cátedra, dictando clases teóricas en el aula y trabajos prácticos a la cabecera del enfermo. Sus lecciones, que abarcaban todos los capítulos de la Semiología, incluyendo el sistema nervioso, se caracterizaban por su estilo rápido, brillante e incisivo, su claridad y su completud. Era muy exigente con su auditorio y no permitía la distanciamiento o la charla entre sus oyentes alumnos, haciéndolo notar con energía.

En 1954, esta vez como practicante interno, comencé a trabajar junto a Burucúa en el equipo de hemodinamia y cateterismo cardíaco que él dirigía en el Instituto de Semiología. En la ejecución de estos estudios instrumentales demostraba las mismas cualidades de excelencia que le habíamos conocido, y admirado, como docente. Su habilidad manual era capaz de sortear todas las dificultades que podían presentarse en la disección de los vasos o en el manejo del catéter. La facilidad con que realizaba las operaciones matemáticas para el cálculo de los parámetros hemodinámicos y áreas valvulares era asombrosa. En 1957 decidió dejar el laboratorio de hemodinamia, al ser designado por el profesor Osvaldo Fustinoni, jefe de clínica de su cátedra de Semiología en el Instituto Aráoz Alfaro.

En 1958 ganó por concurso de oposición el cargo de profesor adjunto de Semiología. El tema sorteado fue Síndrome hipertiroideo, pronunciando una conferencia magistral que fue recordada por su elocuen-

cia. Acceder al profesorado fue para él algo tan natural y esperado, que no hizo sino oficializar una actividad docente intensa, relevante e ininterrumpida.

En 1963, a los 45 años de edad, ganó una beca otorgada por el Gobierno de la República Francesa para estudiar electofisiología cardíaca con el profesor Jean Lenègre, en París. Sus dotes no pasaron desapercibidas para el egregio cardiólogo francés, que definió la actividad de Burucúa de la siguiente manera: "Asiduidad ejemplar, habiendo producido un trabajo original de alta calidad: es un becario de clase excepcional: se trata de un maestro y no de un alumno". El trabajo realizado por Burucúa versó sobre "Correlación anatómica-eléctrica en los bloques de rama bilaterales". Durante su estadía en Francia realizó una visita a la casa natal de René Laennec (1781-1826) en Normandía, visitó su tumba y obtuvo valiosas referencias locales sobre la vida, la enfermedad y la muerte del genial creador de la auscultación torácica y del estetoscopio, evidenciando sus intereses históricos y culturales. Ante una afección febril no diagnosticada que padecía el profesor Lenègre, Burucúa afirma que se trataba de una endocarditis bacteriana, a pesar de la negatividad de los hemocultivos, al observar una incipiente convexidad de las uñas del maestro francés. Su diagnóstico fue confirmado por el éxito del tratamiento antibiótico.

En 1969 fue designado profesor ordinario titular de Medicina Interna en la 5ª cátedra, a través del concurso correspondiente. La cátedra tenía su sede en la sala IX del antiguo Hospital de Clínicas y en ella habían ejercido la docencia Roberto Wernicke, Gregorio Aráoz Alfaro, Tiburcio Padilla, Ernesto Merlo y Héctor Gotta. Burucúa mantuvo la jerarquía de sus ilustres predecesores y le brindó el sello personal de su erudición ilimitada y la energía y elocuencia con que ejercía su magisterio. En efecto, como catedrático titular tuvo la oportunidad de desplegar al máximo sus condiciones intelectuales, científicas y docentes, así como demostrar su capacidad de liderazgo y sus dotes de maestro. Dictaba regularmente tres clases magistrales por semana y se brindaba con generosidad a los médicos residentes y jóvenes colegas, constituyéndose en un verdadero ido-

Correspondencia: Alfredo Buzzi
E-mail: drabuzzi@fibertel.com.ar

lo. Su actuación como profesor titular desde 1969 hasta 1984 constituyó una etapa donde culminaron sus condiciones docentes y científicas, en la que brilló como un astro de primera magnitud en la medicina clínica argentina.

En 1970 viajó por varios países de América, incluyendo Brasil, Colombia, Venezuela y Estados Unidos, con el objeto de estudiar técnicas docentes en la metodología de la enseñanza clínica, produciendo a su regreso un meduloso informe. La trascendencia internacional de su personalidad médica significó su designación como Miembro Correspondiente de las Academias de Medicina de Chile y Paraguay y como profesor adjunto delegado de la Universidad de Miami. Recibió premios y distinciones como el "Dr Luis Güemes", el "Dr Rodolfo A Eyherabide", y el "Dr Víctor Raúl Miatello", y "Maestro de la Medicina Argentina", este último otorgado por la Prensa Médica Argentina. En 1981 fue designado profesor honorario de la Universidad de Tucumán, y en 1984 profesor emérito de la Universidad de Buenos Aires. Poco después fue elegido Miembro de Número de la Academia Nacional de Medicina.

Las publicaciones científicas alcanzan el centenar. Abarcan todos los capítulos de la medicina interna, preponderando las dedicadas al aparato circulatorio y al sistema nervioso. Una de las facetas salientes de su personalidad fue la inquietud y el interés por aspectos culturales e históricos y otras actividades de extensión universitaria. Recordamos aquí algunas de estas conferencias: "Paseando por París, del brazo con Buenos Aires", "Recuerdos del ayer en el Buenos Aires de hoy", "Barbarismos e inexactitudes en el lenguaje médico", "Arte gótico", "Comienzos de los estudios médicos en el Río de la Plata" y "Vida y obra de Mariano R Castex". La preparación del libro "El Pabellón de Practicantes del Hospital de Clínica", publicado en 1991, del que fui coautor junto con José Burucúa, significó, a través de numerosas entrevistas y reuniones, compartir con él momentos inolvidables, en donde su memoria fotográfica producía recuerdos que transmitía vívidamente. La aparición de este volumen fue para él un motivo de íntima satisfacción, dada su permanente e incondicional devoción por el antiguo Hospital de Clínicas, al que le brindó el esfuerzo y la capacidad docente y asistencial de toda su vida médica, de una calidad sobresaliente, como todo lo que se originaba en su persona.

José Burucúa reunía una serie de condiciones intelectuales, morales y personales que hicieron que su influencia fuera irresistible. Sus dotes de clínico eran excepcionales, tanto por la sagacidad de sus observaciones como por la rapidez de sus diagnósticos. A todas estas cualidades, que él poseía en grado superlativo, se unía una generosidad docente inusual. Estar a su lado significaba recibir conocimientos y enseñanzas de gran valor, tanto teórico como práctico. Observarlo mientras examinaba un pa-

ciente era una experiencia no fácil de olvidar. Su destreza semiológica, su habilidad percutoria, sus gestos rápidos y precisos, impresionaban a sus discípulos. Otra de sus virtudes que no deben olvidarse era su desinterés material. En ocasiones, al ser llamado en consulta para ver un paciente en su domicilio, era necesario insistirle para que pasara sus honorarios, a los que estaba decidido a renunciar cuando se trataba de un ámbito modesto. Siempre lo vimos examinar y tratar con el mismo tacto, cuidado y atención a los pacientes hospitalarios como a su cliente privado. Siempre será recordado por su inteligencia privilegiada, que utilizó para curar y aliviar a sus enfermos, y por su capacidad y generosidad docente sin límites, que iluminó numerosas vocaciones, instruyó generaciones de alumnos y formó una legión de discípulos.

Víctor Raúl Miatello (1915-1979)

En 1954, cuando lo conocimos en el Instituto de Semiología, era Miatello el más joven de los profesores de la cátedra. Practicante interno del Hospital de Clínicas de la promoción 1940, se había formado junto al profesor Ernesto V Merlo, ya que había ingresado a la cátedra de Semiología en 1942, donde permaneció hasta 1950, año en que falleció Merlo. Se decidió en ese momento pasar al Instituto de Semiología. El 8 de noviembre de 1952 había ganado la prueba de oposición para el cargo de profesor adjunto de Semiología, dictando una elocuente y documentada conferencia sobre el tema sorteado "Semiología del primer ruido cardíaco". Mientras era estudiante se había interesado por la anatomía microscópica, ganando el cargo de preparador del Instituto de Embriología e Histología que dirigía el profesor Pedro Rojas. Durante tres años, de 1937 a 1939, pudo adquirir una sólida experiencia teórica y práctica en esa materia, la que sería de un valor incalculable veinte años más tarde, cuando iniciara sus estudios sobre la microscopía patológica del riñón a través de la biopsia por punción. Cuando se graduó de médico en 1941, su tesis de doctorado versó sobre el tema "Estudio de las células argentafines de la mucosa gástrica de los mamíferos", evidenciando su interés por los estudios histológicos.

En el Instituto de Semiología, además de sus tareas como profesor adjunto, se desempeñaba como jefe asociado de Enseñanza, jefe del Departamento de Publicaciones, y encargado de la organización de los Ateneos Anatómo-Clínicos. Su personalidad tenía cualidades originales, que lo distinguían de la actitud algo distante de otros profesores. Se caracterizaba por una sencilla naturalidad en su trato, un dinamismo sin límites en todas sus actividades y una sensibilidad emotiva que nunca intentó ocultar. Su figura era ágil, de gestos rápidos y de accionar vehemente. Era muy afectuoso con sus colaboradores y allegados, solía expresar sus sentimientos de amis-

tad con un abrazo cálido. También manifestaba abiertamente su desagrado ante actitudes que consideraba incorrectas o indisciplinadas. Era inflexible en el cumplimiento de los horarios y las funciones que asignaba. No toleraba el desafío o la réplica, y entonces podía verse en su rostro asomar la cólera o la indignación, y solía terminar el episodio con una admonición severa. Sus clases teóricas se destacaban por su sencillez y naturalidad, utilizaba un lenguaje coloquial. Su simpatía, llaneza y sentido del humor captaban de inmediato a los alumnos.

Lo volví a ver en 1970 cuando ganó el concurso de profesor titular de Medicina Interna y se hizo cargo de la 7ª Cátedra en el nuevo Hospital de Clínicas José de San Martín. Allí se constituyó en el núcleo aglutinante de un grupo de médicos jóvenes inclinados al estudio de la Nefrología, especialidad de la que era un pionero y uno de los más destacados estudiosos de las enfermedades del riñón en nuestro país. En 1975 fue designado organizador y director del Curso Superior (actual Carrera de Especialista) de Nefrólogos Universitarios, tarea que emprendió con la energía y dedicación que caracterizaban todos sus actos. Fue éste, con toda probabilidad, el punto culminante de su carrera universitaria y uno de sus momentos más felices.

Víctor Miatello fue un activo publicista a partir de los cuarenta años. Escribió los capítulos de semiología de la cabeza y cuello, extremidades y riñón en la obra *Semiología Médica* en dos volúmenes, dirigida por Pedro Cossio. También dirigió y escribió con sus colaboradores O Morelli, L Moledo, B Carvajal, O Falcón, R Medel y D Gottlieb la obra *Nefrología*, que fue publicada en 1963 y 1971, mereciendo el Segundo Premio Nacional de Ciencia de la Comisión Nacional de Cultura. El *Atlas de Ultraestructura Renal*, publicado en colaboración con R Laguens en 1964, mereció el Primer Premio Nacional de Ciencia del período 1964-1969. En 1975 concibió la obra *Fisiopatología. Enfoque Cibernético*, en la que colaboramos la mayoría de los médicos de la 7ª Cátedra de Medicina Interna. En 1977 fue publicada la obra *Geriatría*, con un criterio similar a la anterior.

Hacia 1979, en la cúspide de su carrera universitaria, comenzaron a manifestarse síntomas de una antigua lesión valvular aórtica, la que no pudo ser corregida quirúrgicamente. Miatello captó de inmediato el sesgo siniestro del pronóstico, pero continuó trabajando con el ahinco de siempre, como si nada ocurriera. Su estoicismo y valentía cuando se acercaba el fin fue la última, la más difícil y la más grande de sus lecciones.

Según los doctores José E Burucúa, Alfredo P Buzzi, Jorge E Califano, Federico M Pérzola, José E Burucúa (hijo), y los licenciados Ornar Bagnoli y Gabriela Pereyra, en su libro *El Pabellón de Practicantes del Hospital de Clínicas*, Buenos Aires, 1991, el Reglamento Provisorio del Hospital de Clínicas, en su apartado denominado "De los Practicantes Inter-

nos", que comprendía los artículos 26 al 37, establecía tanto las condiciones necesarias para llegar a ser practicante, como así también las funciones que a éstos les incumbían. Nombrados por la Facultad, y divididos en mayores y menores, estos practicantes de cuarto, quinto y sexto año tenían entre sus obligaciones la responsabilidad de la Sala de su servicio, y los practicantes internos debían residir en el hospital. Los artículos mencionados establecían:

"Artículo 26: El Hospital de Clínicas será servido por cinco practicantes de sexto año de medicina, cinco de quinto, y cinco de cuarto año. Los alumnos de cursos inferiores no pueden ser internos".

"Artículo 27: Los practicantes están bajo las órdenes de los Profesores a servicio del hospital, quienes les señalarán sus obligaciones en las respectivas salas, sin perjuicio de las disposiciones generales de este reglamento y del servicio de turno que desempeñarán de acuerdo con lo que la Facultad o la Comisión Directiva dispongan al respecto o atribuyan al Médico Administrador del Hospital".

"Artículo 28: Los practicantes se dividirán en Mayores y Menores, siendo estos últimos subordinados de aquéllos y todos de los respectivos jefes de Clínica y del Médico Administrador en el orden jerárquico del personal del establecimiento. Solamente los Practicantes de sexto año pueden ser Mayores".

"Para ser Practicante Interno se requiere haber obtenido la más alta clasificación en todos los exámenes de los tres primeros años; y si se presentase un número mayor de candidatos que las vacantes, en igualdad de condiciones, la Facultad designará de entre éstos y a simple pluralidad de votos, los que han de ser agraciados".

"Artículo 30: Los Practicantes Mayores serán nombrados por orden de ascenso, correspondiendo las vacantes a los inmediatamente posteriores. Las vacantes que ocurriesen durante el año escolar, serán llenadas con alumnos del mismo curso de los que las desempeñaban, pero en las condiciones de idoneidad exigidas en el Artículo 29".

"Artículo 31: Los practicantes internos que en algunos de sus exámenes no hayan obtenido la clasificación de sobresalientes o distinguidos, serán removidos de sus puestos y reemplazados por otros que estuviesen en las condiciones determinadas en los artículos anteriores".

"Artículo 32: Los practicantes internos son los únicos responsables en la Sala de su servicio, de las curaciones de los enfermos, con arreglo a las prescripciones del respectivo Profesor o del Jefe de Clínica en su defecto, y la reincidencia de una falta al respecto será irremisiblemente castigada por la Comisión Directiva con la pérdida de su empleo".

"Artículo 33: Los practicantes internos no podrán ausentarse del Hospital, aunque no estuviesen de servicio, sin previo permiso del Médico Administrador, el cual cuando lo acordase, expresará el tiempo de la licencia, no pudiendo concederla en ningún caso,

para no asistir a las horas de visita o curación".

"Artículo 34: Los Practicantes Mayores y Menores, en su defecto, en el orden jerárquico del personal del Establecimiento y para mejor servicio de las Salas, son inmediatamente superiores a las Hermanas de Caridad y los asistentes del servicio les deben respeto y obediencia a sus órdenes".

"Artículo 35: A la hora de la visita médica de noche, todos los Practicantes Internos ocuparán respectivamente sus puestos en la Sala de su Servicio, con excepción del Practicante Mayor de guardia, que acompañará en la visita al Médico Administrador".

"Artículo 36: El Practicante Mayor de cada Sala o el inmediatamente inferior, a falta de éste, suministrará al Médico Administrador, durante la visita, todos los datos que reclame pertinentes a aquel acto y relativos al estado de los enfermos y a las complicaciones que se hubiesen presentado después de la última visita".

"Artículo 37: La ausencia no justificada de un practicante en las horas de curación o de la visita médica del día o de la noche, será penada con la pérdida del empleo en la primera reincidencia, durante el mismo año. Estas faltas podrán justificarse ante la Comisión Directiva".

En 1883, año de la incorporación oficial del Hospital de Clínicas a la Facultad de Ciencias Médicas, la lista de los practicantes internos era la siguiente:

- Practicante Mayor Don Enrique Baztemca. Tesis: "La gastrostomía fistulosa en las estenosis del esófago", 1884.
- Practicante Mayor Don Obdulio Hernández. Tesis: "Contribución al estudio de los pseudo-plasmas del páncreas", 1884.
- Practicante Mayor Don Gregorio Chávez. Tesis: "Estudio sobre la cirrosis", 1885.
- Practicante Menor Don Luis Gandulla. Tesis: "Tratamiento de los aneurismas de la poplítea", 1884.
- Practicante Menor Don Guillermo Aubone. Tesis: "El glaucoma primitivo agudo", 1885.
- Practicante Menor Don Desiderio Davel. Tesis: "Higiene de la alimentación infantil", 1885.
- Practicante Menor Don Alejandro Castro. Tesis: "Notas sobre cirugía", 1886.
- Practicante Menor Don Horacio Latorre. Tesis: "Tratamiento del hidrocele por el método nacional del drenaje y la compresión complementaria", 1886.
- Practicante Menor Don José María Escalier. Tesis: "La fiebre tifoidea en Buenos Aires, su tratamiento", 1885.
- Practicante Menor Don Juan Tessi. Tesis: "Observaciones en el Hospital Nacional de Clínicas", 1885.
- Practicante Menor Don Pedro Benedit. Tesis: "Extensión continua y sus aplicaciones", 1885.
- Practicante Menor Don Juan Alba Carreras.
- Practicante Menor Don Ignacio Allende. Tesis: "Hemoptisis", 1885.
- Practicante Menor Don Juan Carlos Córdoba. Tesis: "El pulso en las enfermedades del corazón", 1887.

Enrique Bazterrica alcanzó la titularidad de la Cátedra de Ginecología. Gregorio Chávez e Ignacio Allende la de Clínica Médica, Alejandro Castro, uno de los discípulos más destacados de Ignacio Pirovano, llegó a ser profesor titular de Clínica Quirúrgica, y Pedro Benedit fue titular de Urología, o sea, de 14 practicantes internos, 5 llegaron a ser Catedráticos Titulares.

Al inaugurarse, el Hospital Nacional de Clínicas estaba formado por cuatro pabellones aislados en medio de alegres jardines y dos salas de cirugía con su correspondiente recinto para las operaciones. Los pabellones tenían dos salas, pintadas exteriormente de amarillo claro y con techo de pizarra. Las salas de cirugía eran de planta baja únicamente, y tenían en el centro del techo y en sentido longitudinal una galería con aberturas para la ventilación. No obstante su reducida capacidad, pues sólo contaba con 250 camas, fue durante muchos años el principal centro de enseñanza práctica de la medicina en nuestro país, no sólo por los grandes maestros que actuaron al frente de los servicios, sino también por su cuerpo de practicantes, seleccionado por concurso e integrado por los estudiantes de más alto promedio de cada promoción. Su personal técnico y auxiliar era instruido y competente. Los profesores Federico Pérpola y Florentino Sanguinetti, en su libro *Historia del Hospital de Clínicas*, Buenos Aires, 1998, han consignado más de doce aportes de relevancia internacional que se realizaron en dicho hospital.

En el año 1891 figuraban como practicantes mayores de sexto año: Máximo Castro (hermano menor de Alejandro Castro), Horacio G Piñero, José F Molinari, Osvaldo Loudet y Alejandro Ferrari. Gregorio Aráoz Alfaro era prosector. Los practicantes menores de quinto año eran Jaime Darquier, Marcelino Herrera Vegas, Amador Lucero, David Prando y Luis Viaña. José Badía era prosector. Luis Agote también pertenecía a este curso, y fue mayor interno en 1893. Los practicantes menores de cuarto año eran Otto Wernicke, Guillermo Reynolds, Clemente Álvarez, Joaquín Llambías y Daniel J Cranwell. Alejandro Posadas, que era ayudante de electroterapia, ocupó el cargo de interno al año siguiente.

En su libro *Nuestros Grandes Cirujanos*, publicado en Buenos Aires en 1939, el profesor Daniel J Cranwell (1870-1953) ha recordado a algunos de sus compañeros de internado en el Hospital Nacional de Clínicas. A Máximo Castro lo describe de constitución atlética, siempre amable y sonriente, de cara redonda y rosada, un ligero bigote cubría su labio superior y su amplia frente mostraba ya una calvicie prematura. Gran esgrimista y entusiasta por los ejercicios y los deportes, tenía un brazo formidable y una agilidad sorprendente. Cultivó especialmente el remo, y hacía excursiones de fin de semana por el Delta del Paraná. Discípulo de Ignacio Pirovano, trabajó al lado de Antonio Gandolfo y de su herma-

no Alejandro. En 1895 viajó a Europa, y en París especialmente siguió a los grandes cirujanos de la época, como Jules Émile Pean (1830-1898), Paúl Reclus (1847-1914), Paúl Jules Tillaux (1834-1904) y Félix Terrier (1837-1908). A su regreso a Buenos Aires trabajó junto con su hermano Alejandro en el Hospital de Niños. Fue un cirujano rápido, tranquilo, elegante, gozó de singular prestigio y durante dos décadas fue el profesional de mayor clientela en la ciudad de Buenos Aires.

Horacio G Piñero era de regular estatura, más bien grueso, frente recta, ojos oscuros, ligero bigote negro y cabello del mismo color. Sumamente inteligente, poseía una gran memoria, y tenía mucho amor por los libros y por el estudio. Era muy culto y locuaz, y su conversación, siempre interesante, tenía cierta gravedad oratoria, y tanto su gesto como su acción eran algo solemnes. Viajó varias veces a Europa, donde completó su preparación médica, y a su regreso a Buenos Aires, lejos de cultivar la clientela, se dedicó al estudio y a la enseñanza. Fue profesor de Fisiología en la Facultad de Medicina, y de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras. Sus cursos en ambas facultades fueron famosos, y seguidos por una concurrencia extraordinaria. Fue médico del Hospicio de Alienadas, Miembro de la Academia de Medicina, y Director de la Asistencia Pública.

José F Molinari era delgado, de constitución pobre y enfermiza, cabello y bigote negros, ojos brillantes y de mirada inteligente. Por su carácter bondadoso y su acción decidida y eficiente se hizo un tanto caudillo entre sus camaradas. Fue organizador de travesuras y fiestas; aficionado a chistes y bromas, pudo sortear sus inconvenientes por guardar siempre una seriedad imperturbable, mientras que otros sufrían las consecuencias por festejar ruidosamente el gracioso episodio o por no poder reprimir la hilaridad. Desde antes de graduarse se dedicó al estudio de la Ginecología y la Obstetricia; en la sala X asistió a la transformación de la Ginecología, ayudó a Enrique Tiazterna y a Alejandro Castro en sus primeras operaciones abdominales, y su tesis versó precisamente sobre cirugía ginecológica, refiriendo los primeros casos de ese tipo de intervenciones. Al mismo tiempo, y demostrando una gran capacidad de estudio y de trabajo, concurría como interno al Hospital Rivadavia, donde pasaba las noches de guardia para perfeccionarse en Obstetricia. Durante muchos años actuó como jefe de clínica del profesor Bazterrica en el Hospital de Clínicas; y cuando este maestro se retiró, Molinari lo sucedió en la cátedra. Era un partero eximio, y el éxito de sus intervenciones le dio gran fama y una gran clientela. Como ginecólogo gozó de una merecida reputación por el acierto de sus diagnósticos, la seguridad de sus indicaciones operatorias y la tranquilidad y destreza con que emprendía las más difíciles operaciones. Cuando era practicante daba lecciones particulares para obtener recursos que le permitían ayu-

dar a sus padres ancianos y enfermos.

Osvaldo Loudet, esbelto y elegante, era un verdadero atleta; practicaba con entusiasmo la gimnasia, la esgrima y los deportes de aquellos tiempos, demostrando siempre su habilidad y destreza. Jugaba con entusiasmo a la pelota en el patio del pabellón de internos. Cranwell (loc. cit.) recuerda que un día perdió varios tantos porque la pelota se desviaba al chocar con las ramas de una hermosa magnolia americana, cubierta de grandes flores blancas. Fastidiado y nervioso por haber perdido el juego, y sin pensar en el daño, se subió rápidamente hasta la copa del árbol y lo desgajó desde el vértice a la base. Algo mayor que sus compañeros, había contraído matrimonio y, por lo tanto, sólo concurría al pabellón los días de guardia. Bondadoso, simpático y atrayente, con una gran inteligencia y capacidad de trabajo, tenía por delante el más brillante porvenir, pero el destino no le fue propicio; se enfermó poco tiempo después de graduado y desapareció víctima de una afección pulmonar. Su hijo, Osvaldo Loudet (1889-1983) fue un destacado médico psiquiatra y legista, profesor universitario, editor de la Revista de criminología, psiquiatría y medicina legal, y de los Anales de la Sociedad Argentina de Criminología, Miembro de Número de cinco Instituciones Académicas y autor de numerosos libros vinculados con la historia de la medicina argentina y el humanismo médico. Los doctores Alfredo Buzzi y Federico Pégola han analizado la vida y la obra de Osvaldo Loudet en su libro *Clásicos Argentinos de Medicina y Cirugía*, Tomo II, páginas 57-60.

Gregorio Aráoz Alfaro era prosector de Anatomía Patológica en 1891, y frecuentaba al mismo tiempo con dedicación y entusiasmo los servicios de Clínica Médica y Pediatría. Laborioso e inteligente, con una ligera entonación propia de Tucumán, su provincia natal, ocupó rápidamente las mejores posiciones académicas y profesionales: profesor titular, académico, consejero, presidente del Departamento Nacional de Higiene, pediatra notable, interesado por la medicina social, y autor de un Tratado de Semiología y Clínica Propedéutica en tres tomos, que fue publicado en 1928. Era un conferencista de palabra fácil y galana, y un escritor de nota. Ha dejado notables ensayos sobre hechos y hombres de nuestra medicina, un magnífico estudio de la vida y obra de Guillermo Rawson, y sobre grandes figuras de la medicina universal. El profesor Enrique P Viacava (practicante 1930-1931) tuvo la oportunidad de trabajar junto a Aráoz Alfaro, cuando ya jubilado, decidió atender en forma honoraria un consultorio externo en el Hospital de Clínicas. Siendo practicante interno en la década de 1930, fue convocado por el profesor Imaz para actuar como ayudante del maestro, el que le brindó múltiples enseñanzas. Otra anécdota recogida en ese momento se refiere a la autenticidad y gratitud de Aráoz Alfaro. Cuando llegó a Buenos Aires en 1886, a los 16 años de edad,

enviado por su tío, el canónico Luis Alfaro, pues había perdido sus padres a temprana edad, lo hizo acompañado por una fiel servidora indígena de su provincia natal. Como la ayuda económica que llegaba desde Tucumán no alcanzaba a solventar los gastos de los estudios médicos, la devota empleada pudo allegar fondos cocinando y vendiendo empanadas. Más tarde, cuando esto tampoco era suficiente, puso una pensión para estudiantes. Pasaron los años, y Aráoz Alfaro era uno de los médicos más destacados de Buenos Aires, y en su petit hotel de la calle Paraguay cerca de Callao se realizaban brillantes reuniones. Una noche tuvo lugar un evento importante, pues concurrió para cenar en su casa el Presidente de la República, doctor Marcelo Torcuato de Alvear (1868-1942), acompañado por algunos de sus ministros, quien ocupaba la cabecera principal de la mesa; en la otra cabecera se encontraba el doctor Gregorio Aráoz Alfaro, teniendo a su derecha a su esposa, y a su izquierda a su fiel servidora, que lo seguía acompañando como cuando había llegado de Tucumán siendo apenas un adolescente.

Marcelino Herrera Vegas (1870-1958) fue otro distinguido representante de esa promoción de practicantes internos. Digno heredero de su padre, el eminente médico y académico doctor Rafael Herrera Vegas (1834-1910), de origen venezolano y emigrado por razones políticas, quien se radicó en Buenos Aires desde 1871. Marcelino poseía condiciones intelectuales superlativas, era cultor de las bellas letras, amante de los libros, orador elegante y elocuente, y hábil cirujano. Profesor suplente de Clínica Quirúrgica y sucesor de Alejandro Posadas como jefe de la sección de Cirugía Infantil de la Cátedra de Pediatría, tuvo entre sus discípulos y fue padrino de tesis de dos figuras estelares de la cirugía argentina: Pedro Chutro (1880-1937) y Enrique Finochietto (1881-1948). En un interesante libro publicado recientemente por su tataranieta Nicolás Julio Thibaud Uriburu (*De un siglo a otro. Memorias inéditas del doctor Marcelino Herrera Vegas*, Buenos Aires, 2002) se consiguen sus testimonios sobre el practicantado:

"Al ingresar a cuarto año en 1890 me tocó el puesto de practicante menor por concurso del Hospital de Clínicas. Este hospital, inaugurado en 1880, era el mejor que había en la capital y estaba administrado por la Facultad. Se puede decir que entonces dirigían las salas los mejores profesores de la materia. Allí figuraban Pedro Lagleyze, Manuel Blancas, Leopoldo Montes de Oca (que fue reemplazado ese año por Guillermo Udaondo, que dictaba la cátedra de Patología Externa), Roberto Wernicke y se iniciaban Abel Ayerza, Gregorio Chávez, Enrique Bazterrica, Jacobé y Sundblad (a nosotros nos tocó el curso del Dr Jacob de Tezanos Pintos en ginecología), (Revolución del 90)".

Marcelino Herrera Vegas refiere que la creación del Hospital de Clínicas fue la consecuencia de las protestas del talento cirujano Manuel Augusto Montes de Oca (1831-1882), quien en nota enviada a la Facultad de Medicina, afirmó que no practicaría ninguna operación más, mientras la Facultad no facilitara otro local menos contaminado que el vetusto Hospital General de Hombres de la calle Comercio. El Hospital de Clínicas, cuyos planos se aprobaron enseguida, se inauguró con los heridos de la revolución de 1880. Recuerda que los practicantes pertenecían a los 4º, 5º y 6º años de estudio, y se llamaban por los nombres de menores, medianos y mayores respectivamente. En 1891 figuraban como practicantes mayores: Máximo Castro, Horacio G Piñero, José F Molinari, Osvaldo Loudet y Alejandro Puppo Ferrari; practicantes medianos: Jaime Darnie, Marcelino Herrera Vegas, Amador Lucero, David F Prando y Luis Viaña; practicantes menores: Otto Wernicke, Guillermo Reynolds, Clemente Álvarez, Joaquín Llambías y Danieñl J Cranwell. Los preceptores eran G Álvarez Aráoz (de 6º año), José Badía (de 5º año) y el ayudante de electroterapia. Alejandro Posadas. Al año siguiente, Posadas ocupó el cargo de interno. Al ocupar Marcelino el cargo de practicante mayor, junto con los compañeros que ha citado, se les agregó Luis Agote en el año 1893. Como ayudantes de farmacia recuerda a Faustino Bonazola y Domingo Cavia. Este último fue profesor de Medicina Legal y tuvo el cargo de Director del Centro Médico Escolar, dependiente del Consejo Nacional de Educación.

Los alumnos de cuarto año que ingresaban como internos del Clínicas, sufrían el "bautismo de internado", que consistía en una tocada urgente de la campana de guardia y no bien salía el practicante, los demás compañeros del pabellón le sacaban la cama y la ropa, y al volver todo estaba en silencio, gozando todos del efecto que eso producía en el novel practicante burlado. Pero todo el ambiente del practicantado era alegre y amable y se respiraba una atmósfera de armonía, amistad y cordial camaradería, así como un sincero compañerismo. Por la mañana todos debían concurrir a sus diferentes servicios, ayudar en las operaciones, atender el consultorio y oír las pocas lecciones que daban los profesores. Marcelino consigna la excepción de Lagleyze, que era para él el profesor más completo que había visto, por su ilustración, cultura general y humildad operatoria, pues operaba con la misma facilidad con la mano derecha como con la izquierda. Fue su practicante y lo hizo estudiar mucho la especialidad, porque era raro el día de clase que no lo llamase a exponer el tema del día.

Para Marcelino Herrera Vegas, otro de sus grandes maestros fue Ignacio Pirovano, del que fue practicante durante dos años. Era su mayor en la sala Diógenes Decoud, a quien llamaban "el Paraguayo D". Muy inteligente, escribía muy bien, ya que era periodista, pero tenía poca habilidad manual. Llegó a ser profesor de Cirugía en el Hospital San Roque (actual Ramos Mejía) y fue un protegido de Güemes. Como profesores de Clínica Médica tuvo a Abel Ayerza y a Gregorio Chávez. Se acababa de retirar Eufemio Uballes y hubo un concurso entre Ayerza y Chávez, habiendo triunfado el segundo, quien tuvo la elección de la sala. Ayerza fue a la sala baja (sala IV) y Chávez a la sala alta. En 4º y 6º año le tocó a Marcelino ir como practicante a la Sala II del servicio de Clínica Quirúrgica que dirigía Rirovano. El jefe de clínica era Antonio C Gandolfo, hombre de gran preparación anatómica, que había pasado muchos años al lado de Pirovano y había visto muchos enfermos. Marcelino sólo dormía en el hospital los días de guardia, a veces almorzaba y casi nunca comía. Los dos últimos meses no salía nunca del hospital y con sus amigos Prando y Chávez Paz estudiaban juntos. De tarde iban a un cuarto que había en la sala V y de noche, después de comer, lo hacía con unas botellas de agua con bicarbonato de sodio para combatir la pirosis, tal vez producida por la mala comida y peores ingredientes. Muchas tardes estudiaban, peripatéticos, paseando debajo de los árboles; uno leía en alta voz y los demás escuchaban. De noche salían pocas veces a oír las piezas en los teatros por sesiones. En los seis años de internado fue una sola vez al Teatro Colón, para oír *Caballería Rusticana* de Mascagni. Marcelino había ido con Prando, a quien tuvo que despertar porque se había dormido y empezaba a roncar.

Los exámenes de tesis en esa época se hacían en una sala de la escuela de parteras "José A Pardo", sita en la calle Viamonte, a los fondos de la Facultad de Medicina. Consistía el examen en la lectura de una parte de la tesis, en general la introducción. Al final de la tesis había que exponer el contenido de una bolilla, que se tiraba a la suerte; entre ellas figuraban todas las materias que se enseñaban, empezando por Anatomía y terminando por Medicina Legal y Toxicología. Emilio Bessio y Almeyra que había sido un estudiante ramplón desde el Colegio Nacional y también en la Facultad de Medicina, debió conseguir un puesto en la Farmacia del Hospital de Clínicas para poder costearse los estudios; después de terminarlos presentó una tesis que fue aprobada. En una de las proposiciones que le tocó en el examen de tesis, figuraba el suicidio en Medicina Legal. Presidía la mesa el venerable viejo, más que octogenario, M González Catán, quien le preguntó precisamente el suicidio y si siempre éste es un acto patológico. Bessio empezó su disertación y al poco rato se ocupó de los grandes suicidas de la historia y sostuvo que Cristo era un suicida. Al oír esto, el vie-

jito González Catán (que era un gran católico) se pone de pie, se indigna ante Bessio lo apostrofa y hace la defensa de Cristo con tal vehemencia que al poco rato se pone pálido, con una mano se toca la región precordial y cae desplomado sobre el sillón y muere repentinamente de un síncope.

En 1890, cuando Marcelino Herrera Vegas ingresó como practicante, las cátedras del Hospital de Clínicas eran de creación reciente y poco a poco fueron perfeccionando la enseñanza que brindaban. Jacob de Tezanos Pintos era profesor de Ginecología y Enrique Bazterrica era su suplente, y como maestro técnico tomaba la lección de memoria, sin perdonar las notas al pie del libro de Guillaud Thomas. Leopoldo Montes de Oca, profesor de Patología Externa, utilizaba el mismo sistema y tomaba la lección de un número determinado de páginas del tratado de Follian y Duplay. La enseñanza práctica de la Ginecología se limitaba al tratamiento de las metritis con irrigaciones; tratamiento del cáncer de útero con glicerina y yodo, y las retro y ante-versiones uterinas por el uso del pesario. Recuerda Marcelino que había un gran cuadro con todos los modelos existentes del pesario, de variadas formas. Todavía no se habían generalizado los espéculos a valvas y se usaban mucho los tubulares de tamaños diversos. Alejandro Castro (1861-1902), que acababa de llegar de Europa, fue el introductor de la Ginecología Operatoria y quien enseñó a Enrique Bazterrica todo lo que había aprendido en París, principalmente en el servicio de Octave Terrillon (1844-1895) en la Salpêtrière. Por ese entonces apareció el tratado de Samuel Pozzi (1846-1918), que constituyó un gran progreso sobre los viejos textos anteriores. La sala V, que había pertenecido al profesor de Patología Externa Leopoldo Montes de Oca (1834-1906), pasó a manos de su sucesor Guillermo Udaondo, el que lamentablemente no tenía amor por la cátedra y con la revolución de 1890 ingresó a la política, siendo continuador del partido mitrista. Dejó la cátedra para ser sustituido por el profesor Obdulio Hernández, cuyas clases eran muy poco concurridas.

David Feliciano Prando (1867-1949) fue discípulo de los mencionados anteriormente, era alto, más bien delgado, rubio, de ojos claros y mirada simpática y atrayente; se distinguió siempre por su inteligencia serena y su excelente buen juicio. Poco después de recibir su título se radicó en Lomas de Zamora, donde tuvo una gran actuación como médico y cirujano. No abandonó el estudio, sin embargo, y continuó trabajando varios años en el anfiteatro anatómico y en cirugía experimental en perros con sus compañeros Alejandro Posadas y Marcelino Herrera Vegas. Adquirió singular renombre como cirujano del Hospital Rawson, y radicado posteriormente en Buenos Aires tuvo una clientela numerosa y selecta. Fue un cultor de los ensayos médicos literarios, y con el seudónimo de "Doctor Surgeon" ha escrito páginas memorables sobre las virtudes y los vicios

de nuestra medicina. Fue un escritor castizo, sobrio y elegante, con un dominio absoluto de nuestro idioma. Con sus dotes de crítico fino y elegante, dotado de una amable ironía que hacía resaltar con evidencia los desaciertos de la profesión médica, las exageraciones terapéuticas, así como los excesos y la inutilidad de ciertos exámenes. Se dedicó sobre todo a estudiar y describir las costumbres y el ambiente de la medicina de su tiempo. Fue, esencialmente, un autor moralista; su exposición dialogada le facilitó la crítica, que en esa forma era eficaz, pero impersonal, inocente y sin ponzoña. Sus principales personajes fueron Bermúdez, el Sancho Panza del buen sentido por su práctica de la vida, y el doctor Sánchez, gran profesional médico de larga práctica, profunda penetración clínica, sano juicio y correcto proceder. Se dice que este último estaba inspirado en la figura del profesor Luis Güemes (1856-1927).

José Badía actuaba como prosector de Anatomía Patológica, y en 1893 fue practicante mayor. Clínico de valor y hombre de laboratorio, gozó de gran reputación como médico de consulta y de consejo. Dedicado inicialmente al laboratorio clínico, supo valorar todas las ventajas de este recurso magnífico, pero siempre primó en su espíritu sereno y tranquilo el examen del enfermo y el valor soberano de la clínica. Buen conocedor de la terapéutica, fue parco en medicaciones sistemáticas o novedosas, pero supo usar racionalmente los medicamentos de real eficacia. Fue profesor suplente y consejero de la Facultad de Medicina, y actuó durante muchos años como director del Hospital Español.

Luis Agote (1868-1954) fue practicante mayor del Hospital de Clínicas en 1893, y era del mismo curso que Herrera Vegas, Prando y Badía. También fue practicante del Hospital San Roque (actual Ramos Mejía) y del Hospital Rivadavia, y se doctoró en 1893 con una valiosa tesis sobre hepatitis supurada. Era un hombre de estudio, profesor eficaz, amante de las letras, autor de importantes libros y de un procedimiento original para la transfusión de sangre hecha incoagulable con el citrato de sodio, por el que recibió reconocimiento internacional. Siendo profesor titular creó el Instituto Modelo de Clínica Médica del Hospital Rawson. Escribió un interesante ensayo médico-histórico titulado "*Nerón - Los Suyos y su Época*", un volumen de 366 páginas publicado en Buenos Aires en 1912, con un prólogo de Osvaldo Magnasco, donde realizó un erudito análisis caracterológico y psicopatológico de los protagonistas y un examen crítico del estado social imperante.

Otto Wemicke hizo sus estudios secundarios en Alemania, en el gimnasio de Eisenach, donde aprendió a estudiar seria y disciplinadamente. Conocía bien el latín, francés y alemán, y practicaba la taquigrafía. Estudió al lado de su hermano Roberto en el laboratorio de la Sociedad Rural primero, y más tarde en la cátedra de Patología General. Dotado de brillantes condiciones, obtuvo la medalla de oro de su

curso. Presentó su tesis sobre el tema "Hemoglobinuria paroxística" en 1894, y viajó a Europa para perfeccionarse en Oftalmología. Residió algún tiempo en Viena, donde trabajó junto a Ernst Fuchs (1851-1930). A su regreso, dirigió el Hospital Oftalmológico de la Sociedad de Beneficencia de la Capital. Fue un especialista de nota, correcto y distinguido.

Los practicantes internos de las promociones de 1891 a 1894 trabajaban en la guardia los días que tenían asignados, y por la mañana debían cumplir funciones en las salas. Los que actuaban en el servicio de Clínica Quirúrgica tenían que estar listos muy temprano, pues Ignacio Pirovano y Antonio Gandolfo eran muy madrugadores, y de inmediato se examinaban los enfermos nuevos o se concurría al quirófano. El trabajo también era intensivo en el servicio de Oftalmología, y en la sala X de Ginecología, donde Enrique Bazterrica operaba con mucho entusiasmo. Roberto Wernicke llegaba también temprano, y era exigente con el personal de su servicio de la sala IX. En las salas de Clínica Médica se comenzaba a trabajar más tarde, pero era necesario hacer los análisis clínicos y las historias de los enfermos recién ingresados, que más tarde revisaba el profesor titular.

Después del almuerzo, sobrio y no siempre del agrado de los internos, éstos hacían esgrima y ejercicios de clavos, o practicaban en la cancha de pelota. Algunos, un tanto bohemios, se entretenían por la noche jugando al truco. Pero en general, por la tarde y por la noche se estudiaba con entusiasmo y disciplina, pues había que rendir materias largas y difíciles, como Patología Interna y Patología Externa, Medicina Operatoria y Oftalmología. Era necesaria conocerlas a fondo para el examen, pues una calificación inferior a distinguido, podía hacerles perder el cargo.

Raras veces salían de noche, y cuando abandonaban el hospital era para comer en casa de sus familiares, o frecuentar algún teatro. Las fiestas que celebraban con mayor entusiasmo eran el carnaval y los días patrios. Los banquetes del 25 de Mayo tenían platos exquisitos y vinos y licores en abundancia. Pero también se preparaban una serie de chascos y sorpresas. Las principales bromas llegaban a los postres; uno que le había echado el ojo a un apetitoso bizcochuelo se encontraba que no lo podía partir porque el centro era de algodón; otro que le gustaba una crema con almendras se encontraba al introducir la cuchara con una mezcla inflamable o detonante, que alborotaba a toda la concurrencia. Terminada la comida en medio de ruidosas manifestaciones de alegría, se pasaba a quemar los fuegos artificiales. Más de uno resultaba con quemaduras, y los entusiastas se entretenían en romper los globos de papel que Osvaldo Loudet había preparado e inflaba con el mayor entusiasmo y dedicación.

El Reglamento Provisorio del Hospital de Clínicas del año 1884 fue ampliado posteriormente, con cin-

co artículos, agregándose además el Capítulo XVII, que se refería a los deberes de los practicantes, que revela la alta exigencia académica a la que eran sometidos los jóvenes estudiantes veinteañeros:

"Artículo 38: Los practicantes internos examinarán a los enfermos que sean remitidos o que soliciten entrar al Hospital, indicarán las Salas a que corresponde destinarlos, debiendo consultar al Médico Administrador en los casos dudosos".

"Artículo 39: Los practicantes darán aviso al profesor respectivo si ocurriese algún caso grave que requiere atención inmediata; y si la urgencia fuera extrema la comunicará al Médico Administrador, procediendo a suministrar la asistencia debida con el acuerdo de éste, o en su ausencia con el de los practicantes mayores".

"Artículo 40: Los practicantes pasarán la visita de noche a las salas e indicarán al Médico Administrador si hubiese enfermos graves que requiriesen su asistencia".

"Artículo 41: Los practicantes entregarán la guardia al practicante que debe sucederlos con las observaciones del caso, y pasarán el parte correspondiente por escrito al Médico Administrador".

"Artículo 42: Para el desempeño de la Guardia, el practicante mayor será asistido por los practicantes menores respectivos de quinto y cuarto año".

CAPÍTULO XVII. De los deberes de los practicantes:

"Artículo 74: Desde el 1 de abril hasta el 30 de octubre de cada año los practicantes internos darán una conferencia quincenal a los asistentes del Hospital".

"Artículo 75: La conferencia durará por lo menos cincuenta minutos y será presidida por el médico Administrador o en su defecto por el Practicante Mayor de guardia, debiendo observarse en ellas el orden establecido en las aulas de la Facultad".

"Artículo 76: El conferenciante no podrá ser interrumpido durante su exposición por ninguno de los oyentes, sin perjuicio de atender las explicaciones que cualquier asistente pida al terminar el acto".

"Artículo 77: Los temas serán a elección del conferenciante, pero deben versar sobre el régimen con los enfermos, modo de administración de medicamentos prescritos, baños diversos y sus temperaturas, cuidados inmediatos en las operaciones quirúrgicas y vigilancia de los asistentes consecutivos, enseñanza de las aplicaciones tópicas medicinales, aplicación del termómetro, conservación de instrumentos y aparatos, demostración de apósitos y vendajes más usuales, nociones de profilaxia y antisepsia y agentes o medios de desinfección, y finalmente, socorros que pueden darse a los enfermos en los accidentes imprevistos hasta la presencia del médico".

"Artículo 78: El Médico Administrador del Hospital designará el turno sucesivo de los practicantes para cada conferencia, la hora, el local y tomará las disposiciones necesarias para el cumplimiento de es-

ta ordenanza."

El 14 de mayo de 1944, en un acto realizado en el mismo Hospital, se procedió a la entrega de los nombramientos a los treinta nuevos practicantes del mismo. También se realizó la despedida de los médicos y farmacéuticos egresados recientemente, quienes habían formado parte, el año anterior, del cuerpo de practicantes. En la ceremonia habló el Director del Hospital de Clínicas, doctor Raúl Nicolini (1908-1976). Estas fueron sus palabras:

"[...] Jóvenes practicantes, muchos de vosotros ya conocéis esta casa, como menores internos o externos, otros llegan a ella por primera vez. A todos por igual se les exigirá el cumplimiento del deber, pero cumplimiento del deber con amor y dedicación, cumplimiento del deber que redundará en el beneficio de vosotros mismos. Las clínicas se aprenden al lado del enfermo y los libros no son sino guías para el aprendizaje, de allí, que aquel que sólo estudia en su gabinete, será un erudito; mientras que el que estudia al lado del enfermo será un verdadero médico".

"Aprovechad este internado para convivir con los enfermos, para arrancar con paciencia los misterios de la enfermedad que el ser humano encierra, estudiad para saber pulsar todas las manifestaciones de la enfermedad, investigad siempre y siempre debéis dudar, el acierto no enseña, quien enseña es el error".

"Tendréis todas las libertades para vuestro aprendizaje, tendrás todas las libertades para vivir en esta casa, pero no olvidéis que la libertad es el fundamento y regla de la responsabilidad. No hemos nacido para vivir bajo el imperio del instinto, por encima del placer, por encima del interés, el hombre debe descubrir un ideal infinitamente mejor, y de la experiencia del bien, extrae la idea del bien, idea del bien que no es sino la armonía universal de los seres humanos".

"Debéis ser cariñosos y bondadosos con los que sufren, y con mayor razón con los enfermos de hospital, a quienes sus desgracias los alejan del calor del hogar y del consuelo familiar. Debéis respetar ese dolor humano, como si fuera vuestro propio dolor, debéis mitigarlo como si sintierais en carne propia, debéis ser prudentes y muy conscientes, frente a la vida humana en peligro de muerte".

"Cumpliendo con vuestros sagrados deberes, os haréis hombres de bien, para la humanidad concreta que es la patria, y la patria abstracta que es la humanidad [...]"

Bibliografía

- Burucúa JE, Buzzi AP, Califano JE, Pégola FM, Burucúa JE(h), Bagnoli O, Pereyra G. El Pabellón de Practicantes del Hospital de Clínicas. Buenos Aires, Fundación De All, 1991. 400 páginas.

- Hatton EN. Los días de José Arce. Una vida consagrada al bien. Buenos Aires, Amorrortu, 1966. 139 páginas.
- Thibaud Uriburu NC. De un siglo a otro. Memorias inéditas del Doctor Marcelino Herrera Vegas. Buenos Aires, Dunker, 2002. 220 págs.
- Fleury, M. Le Médecin. París, Hachette, 1927.
- Pérgola F, Sanguinetti F. Historia del Hospital de Clínicas. Buenos Aires, tomo I, 1998; tomo II, 1999.
- Cranwell DJ. Once lustros en la vida de un cirujano. Buenos Aires, 1945.
- Cranwell DJ. Nuestros Grandes Cirujanos. Buenos Aires, 1939.
- Arce, J. Mi vida. Madrid, 1957.
- Buzzi A, Pérgola F. Clásicos Argentinos de Medicina y Cirugía. Buenos Aires, tomo I, 1993. Roberto Wernicke, págs 66-68, Manuel Podestá, págs 70-71, Abel Ayerza, págs 121-123, Alejandro Castro, págs 124-126, David F Prando, págs 151-154, Luis Agote, págs 155-159, Marcelino Herrera Vegas, págs 181-184, José Arce, págs 228-231.
- Buzzi A. Evolución histórica de la Medicina Interna en Buenos Aires. Pren Méd Arg 1980;67:413.
- Buzzi A. Víctor R Miatello. Pionero de la Nefrología Argentina. Medic del Atlántico 1980;20:562.
- Buzzi A. Pedro Cossio (1900-1986). Pren Méd Arg 2000;87:728.
- Buzzi A. Osvaldo Fustinoni (1909-2000). Pren Méd Arg 2000;87:419.
- Buzzi A. José E Burucúa (1918-1995). Pren Méd Arg.
- Buzzi A. Tiburcio Padilla. Pionero de la Cardiología Argentina. Creador del sistema de residencias médicas en nuestro país. Tribuna Méd 1970;6:58.
- Buzzi A. Dr Rodolfo Dassen. Homenaje a su memoria en el centenario de su fallecimiento. Pren Méd Arg 1999;86:931.
- Isola JM. Rodolfo Dassen (1899-1953). "El faro". Rev Fund Fac Med 2003;13:20.